

levanta una forma del mal, como un forzado en el rastrillo del presidio, Dios, entre su falange, designa a algún gran atleta, que tenga para combatirle la misma estatura que la calamidad.

*
**

¡ Surge, Volta! Doma en el aire los flúidos. ¡ Ven, Franklin! Apodérate del rayo. Las olas rugen; ¡ aparece, Fulton! Rousseau, lucha cuerpo a cuerpo con el odio. La esclavitud agita sus cadenas; sal, Voltaire, y ayuda a los parias. La plaza de la Grève se ríe, Tyburn está contento, Montfaucón ladra; ¡ levántate, Beccaria!

*
**

No hay nada que el hombre no intente. El rayo teme a ese cazador. Ante la abierta herida, impone silencio al dolor. Su verga quizás es ala. En su celeste soledad, la estrella contempla con inquietud blanquear la vela de la galera de Cristóbal Colón.

*
**

Cerca de la ciencia flota el arte, esparciendo su vista por ese doble horizonte; la poesía es un piloto; Orfeo acompaña a Jasón. Un día una barca extraviada vió al mismo tiempo en la vasta extensión un pájaro en el espacio y una rama en el mar solitario; y entonces Gama exclamó: — «¡ Tierra!», y Camöens gritó: — «¡ Cielo!»

*
**

De esta manera se encadenan las conquistas. Los soñadores son los inventores; son los que obligan a que nos revelen sus secretos las fuerzas, las olas, los imanes y los motores. Todo se queda estupefacto en el abismo; la sombra, de vernos trepar a las cimas; los monstruos, de verse afrontados y cogidos en sus cavernas; las perlas, de que las hayamos encontrado, y los mundos, de que los hayamos descubierto.

*
**

A la sombra inmensa del Cáucaso, soñador desde hace muchos siglos, conducido por los hombres del éxtasis, el género humano marcha delante, camina por el mundo; pasa, camina de noche por el espacio, por el infinito, por lo ilimitado, por el cielo y por las olas, a la luz de Prometeo, de ese libertador encadenado.

XI

Vosotros sois los únicos, pontífices, pensadores, luchadores de las grandes esperanzas, domadores de los salvajes hipógrifos, caballeros de los negros pegasos. Almas que os presentáis desnudas ante Dios, que descubrís lo desconocido, que profesáis la verdadera religión. Cuando vuestro espíritu quiere ocultarse en la sombra, se disipa el grupo inmenso de nubarrones y se oye decir: ¡ Heme aquí, legión!

*
**

Cuando acabáis de estudiar el problema que reveláis, cuando para formar entre la multitud volvéis a descender de las alturas, hombres que habéis contemplado la luz divina, y habéis tocado en lo alto de la montaña, en la que chocasteis vuestra frente con la frente de la aurora, ¡ oh gigantes! destelláis todavía reflejos de esa luz.

*
**

Id todos en pos de los descubrimientos; arracádlos sin cesar de las nubes y traed a la hierba verde, a la arena ardiente, a los abismos, al infierno que oprime Satanás, al Tártaro donde se desangra Ixión, a los corazones buenos y a los malvados, a todo lo que ríe, muere o canta, la gran bendición.

*
**

Todos a la vez, águilas, almas, espíritus, pájaros, para coger las llamas con vuestras garras, para conocer los horizontes, al través de la sombra y de las tempestades, teniendo sobre vuestras cabezas otros mundos y soles y debajo la India, el Egipto, la Grecia y la Judea, desde la montaña del pensamiento, ¡ volad! ¡ volad!

*
**

¿ No produce gozo inefable creer ser inmensidad, esclarecer lo que se creía débil con la enseñanza de la verdad, retro.

penetrar en el fondo del gran cráter, sentir dentro de nuestro ser el misterio, llegar hasta los astros y exclamar: «¡ Tengo alas!», y decir: «¡ Estoy en el éter!»

*
**

Id, sacerdotes, id, genios, id a buscar la nota humana en las supremas sinfonías de esos abismos estrellados, esperando la hora augusta, el éxtasis sagrado de la muerte, lejos de nosotros, lejos de las leyes que establecimos; id a gozar, vivientes sublimes, del deslumbramiento de los cielos.

Enero, de 1856.

XX

LLAMANDO A UNA PUERTA

Perdí a mi padre y a mi madre, y mi primer hijo murió muy joven; ¡ ay! para mí, la naturaleza entera siempre toca a muerto.

*
**

Yo dormía entre mis dos hermanos; los tres niños éramos como tres pajariños; ¡ ay! la suerte trocó en dos ataúdes sus dos cunas.

*
**

Te perdí, hija querida, que eras mi orgullo, y que ahora abarcas todo mi destino con la luz que destella tu fé-
debil con la enseñanza de la verdad, retro.

*
**

Supé subir y supé descender. Vi la aurora y vi la noche en mis cielos. Conocí la púrpura y la ceniza y prefiero ésta.

*
**

Conocí los ardores profundos, conocí los amores sombríos, y he visto huir las alas, las olas, los vientos y los días.

*
**

Viven oxifragas en mi cerebro; cae la afrenta sobre todos mis trabajos; tengo polvo en los pies, llagas en el corazón y espinas en la frente.

*
**

Caen lágrimas de mis ojos pensativos, se agujerea mi raído traje, pero tengo limpia la conciencia. ¡Abrete, tumba!

Marine-Terrace, 4 de septiembre de 1855.

XXI

«NOMEN, NUMEN, LUMEN»

Cuando hubo terminado, cuando dispersos los deslumbrantes soles, ascendían por todos los puntos del caos y se fueron colocando cada uno en el sitio designado, sintió la necesidad de que el mundo supiera su nombre, y el ser for-

midable y sereno se levantó, lanzando este grito en la obscuridad: ¡Jehovdh! Y de la inmensidad cayeron siete letras, que son, para nosotros, reverberando en el cielo, los siete astros gigantes del negro Septentrión.

En el dólmen del Jaldonet, marzo de 1855.

XXII

LO QUE ME DICE LA BOCA DE LA SOMBRA

El hombre, cuando medita, desciende hasta el fondo del abismo universal. Vagaba yo cerca del dolmen que domina Rozel, por la parte donde el cabo se prolonga, formando casi una isla. El espectro me esperaba; el ser sombrío y tranquilo me cogió por los cabellos con su enorme mano, y transportándome a lo más alto del peñasco, me dijo:

*
**

Has de saber que todo en la naturaleza, desde el astro hasta el gusano, se rige por su ley, sigue su camino y va a su fin; que todo en la inmensidad se comprende y tiene conciencia de lo que es en la creación porque todas las cosas y todos los seres hablan. Habla el aire que pasa, el alción que vaga, el tallo de hierba, la flor, el germen, el elemento. ¿Imaginabas que el universo estaba constituido de otro modo? ¿Crees tú que Dios, que hace salir las formas del número, hubiera hecho murmurar a los bosques sombríos, al huracán, al torrente, a la roca en las olas, a las fieras en las montañas, sin que significara algo su eterno murmullo? ¿Crees tú que el

agua de los ríos y los árboles de las selvas levantarían la voz, si no tuvieran la misma altura, siendo igual la criatura al creador, esta perfección, perdida de los mares por un sonido de flauta? en el infinito, se hubiera mezclado y ¿Crees tú que el Océano, que se hincha y lucha, abriría sus fauces noche y día confundido con Dios, y la creación, teniendo demasiada claridad, hubiera para soplar en el vacío vapor ruidoso, y vuelto al seno del creador y no hubiera que rugiría, batido por el huracán, si su existido. La creación santa que el rugido no fuera alguna palabra que profeta sueña, para existir debe ser imper-

*
**

fecta. alrededor crece la hierba, permanece siempre silenciosa? ¿Te figuras que la creación, que compone sus rumores de los estremecimientos de las azucenas y de las rosas, del trueno, de las olas y de los vientos del cielo azul no sabe lo que dice cuando habla a Dios? ¿Crees tú que la naturaleza balbucea y que a Dios le complazca en la inmensidad oír eternamente tartamudear a una sordo-muda? No; el abismo es un sacerdote y la sombra es un poeta; todo es una voz y todo es un perfume; todo dice en el infinito algo a alguno; una idea y un pensamiento llena ese tumulto. Dios no hace sonar un murmullo sin poner en él el verbo. Todo gime como tú o canta como yo; todo habla. ¿Y sabes por qué habla? Escucha bien: es porque los vientos, las olas, las llamas, los árboles, los arbustos, las rocas, todo vive. Todo está lleno de almas.

*
**

¿Pero cómo? ¡Oh! Este es el inaudito misterio. Ya que no te has desvanecido en el camino, hablemos.

*
**

Dios sólo ha creado al ser imponderable. Le creó radiante, hermoso, cándido, digno de adoración, pero imper-

Luego Dios creó el universo y el universo creó el mal. El ser creado, engalanado con el rayo bautismal en tiempos tan primitivos, cuyo recuerdo sólo conservamos nosotros, se cernía en el esplendor con alas de gloria; todo era canto, incienso, llama, deslumbramiento; el ser errante de alas de oro disfrutaba de los perfumes de las brisas y de todos los goces de la naturaleza; todo nadaba, todo volaba; pero su primer falta fué su primer peso.

*
**

Dios experimentó un dolor. El peso adquirió forma, y como el cazador que huye llevándose al pájaro que se esfuerza por escaparse, el ser creado cayó, arrastrando al ángel desatinado en su caída. El mal empezó. Después todo fué agravándose; el éter se trocó en aire, el aire en viento, el ángel en espíritu y el espíritu en hombre. Cayendo el alma, se multiplicó la suma de los males en el fruto, en el árbol y en todos los seres de la creación; de todos ellos se formaron un montón de globos, y detrás de ellos

apareció la sombría noche. El mal es la materia, árbol negro que produce el fruto fatal.

*
* *

¿No te hace reflexionar tu sombra? Esa forma de ti mismo, que se arrastra, que se liga a tus pasos como un espectro viviente, que tan pronto va detrás de ti como delante, que se confunde con la noche, su funesta hermana mayor, y que protesta contra la luz del día, ¿de dónde nace? Pues dimana de tu cuerpo, del limo con que se reviste el espíritu al convertirse en demonio; de ese cuerpo que, creado por tu primera falta, rechazó a Dios y se resiste a ver la luz de tu materia y de tu iniquidad. Esa sombra dice:—«Soy un ser débil; caí una vez y puedo caer otras veces.»

*
* *

Ahora, ya que estás en este peñasco fatídico, voy a explicarte todo lo que te acabo de indicar; voy a llenar tus ojos de noches y de soles; prepárate, melancólico pensador, para los fúnebres sudores. El viento de las alturas pasa por mi lado y te arroja lo que me arranca; tómalo y mira.

*
* *

Desde luego es menester que sepas que el mundo en que vives es un mundo espantoso, en el que el soñador, abrumado por el infinito, levanta los brazos al cielo, pero en seguida retroce-

de aterrorizado. El sol en ese mundo es lúgubre, y vivís en él por castigo. Pero no estáis completamente fuera de Dios, porque Dios, que es sol en el azur, que es chispa en la ceniza, no está fuera de nada, es el fin universal; sus miradas lanzan relámpagos lo mismo que rayos, y todo, incluso el mal, constituye la creación; dentro del distraz siempre se esconde la figura. ¡Oh sombría vela del inmenso mástil! ¡Espíritu! ¡espíritu!—grité yo. El espectro prosiguió sin hacerme caso:

*
* *

Penetremos más en estas cosas profundas. Eres hombre, quieres, haces, obras y construyes, exclamando:—«Estoy solo, porque soy un pensador; yo sólo puedo adueñarme del universo; más acá de mí sólo existen las tinieblas de la noche; más allá, el delirio del sueño. La ciencia destruye el ideal, y yo soy el fin y la cima.» Veamos: ¿observas cómo se somete el buey? ¿Oyes el ruido de tus pasos? ¿Interrogas a las olas? ¿Hablas algunas veces a los árboles? Como se oye sobre la vertiente de un monte maravilloso vasta confusión de rumores, desde el fondo de la obscuridad ves ascender hacia ti a toda la creación. Pero dime, ¿crees que el ser ilógico nos engaña? ¿Crees que se interrumpe la escala que estás mirando? ¿Crees que la creación, que poco a poco y por grados se eleva hasta la luz, en su camino, cuando da más luz hace brillar menos materia, y da más instintos al monstruo a medida que se empequeñece en la escala de los seres? ¿Crees que esa vida universal, que va desde la roca hasta el árbol, desde el

árbol hasta el animal, que asciende insensiblemente desde la piedra hasta ti, se detiene sobre la escarpadura del abismo del hombre? No; prosigue invencible y admirable, entra en lo invisible y en lo imponderable, se desvanece para ti, llena el azur de un mundo deslumbrador, penetra en seres que están cercanos al hombre y en otros seres que están lejos de él, en espíritus puros, en ángeles, formados de rayos, como el hombre está formado de instintos; continúa a través de cielos siempre encendidos, ascendiendo por escalas de estrellas; desde los demonios encadenados, asciende hasta los seres alados, ata al astro espíritu con el arcángel sol; liga, salvando millones de leguas, los grupos de las constelaciones con las legiones azules; puebla lo alto, lo bajo, los bordes y el centro, y en todas las profundidades se desvanece en Dios.

*
* *

Esta escala se aparece vagamente en la vida y en la muerte. Todos los justos la han subido; Jacob, viéndola, y Catón, sin verla. Forman sus escalones el dolor, la sabiduría, el destierro y el deber.

*
* *

Esta escala nace muy lejos de la tierra. Empieza en los mundos del misterio, en los mundos de los terrores y de las perdiciones, y llega por entre pálidas visiones del precipicio, donde están las larvas y los crímenes, donde la creación, espantando a los abismos, se prolonga en la obscuridad como un espec-

tro indefinido. Porque debajo del globo, en el que viven desterrados los hombres, más bajo que ellos, en el lívido nadir, en la plenitud horrible, que creemos que está vacía, el mal, que por medio de la carne os esclaviza, desagua monstruoso vapor, que vive. Allí se sumerge la hidra Universo, retorciendo su cuerpo de escamas de astros; allí todo flota y desaparece en un oscuro naufragio; en ese abismo sin bordes, sin respiraderos y sin muros, de todo lo que vivió llueve continuamente la ceniza, y se ve en la profundidad de su fondo cuando la vista se atreve a llegar hasta allí, más allá del soplo y del ruido de la vida, un sol horrible y negro, de cuyos rayos sale la noche.

*
* *

La materia destruye el ideal, encamina el espíritu hacia el sensualismo, al ángel hacia el sátiro, la cumbre hacia la base, el amor hacia el apetito, y del grande que se pervierte forma el ser pequeño.

*
* *

¿Cómo tanto azur engendra tanto terror? ¿Cómo la luz engendra la sombra y el fuego la ceniza? ¿Cómo del ser vidente nace la ceguera? ¿Cómo de lo tenebroso descende lo resplandeciente? ¿Cómo del monstruo espíritu nace el monstruo materia? Llegará un día que en el siniestro vestuario de la tumba lo sabrás; entonces allí verás claro: hoy sólo puedes entrever; pero ya que Dios me permite que mi voz te instruya, te hablo.

vivimos, todos a la vez nos pesamos y cada uno desciende según lo que pesa.

*
**

En primer lugar, ¿qué es la justicia?
¿Quién la administra? ¿Quién la hace?
¿Dónde, cuándo y en qué momento?
¿Quién pesa la falta? ¿Quién pesa el castigo?

*
**

El ser creado se mueve en la claridad inmensa. Es libre, sabe dónde termina el bien y dónde empieza el mal; sus jueces son sus acciones. Le basta ser bueno o malvado; si comete el crimen, es esclavo de él; si es virtuoso, queda emancipado. El ser abre según su voluntad su propio libro; su tranquila conciencia marca en él con el dedo lo que debe a la sombra o lo que Dios le debe. Según se obra, así se gana o se pierde; podemos ser chispa o salpicadura, luz o cieno, arcángel o bandido; podemos recorrer esa vasta escala. Como ya te he dicho, la vida universal asciende por zonas sin fin, y corre por innumerables escalones, desde la profunda noche hasta el resplandeciente azul. Al atravesarla, el ser se convierte en malo o bueno. En la parte alta de la escala se cierne la alegría, en la parte baja se arrastra el horror. Cuando el alma es amante, buena, tranquila y humilde, aspira a la luz y tiende hacia el ideal; cuando es inmunda, se hunde bajo el peso creciente del mal, o asciende a la vida infinita, o cae al abismo infinito. Cada ser se pesa en su propia balanza. Dios no nos juzga. Mientras

¡Hombre! únicamente nos aproximamos con las pupilas cerradas a las inmensidades de la tierra. Ven si te atreves; asómate al pozo sombrío y vertiginoso de la creación. Ven, mira y escudriña. Debajo del hombre, que puede contemplar, que puede ser una cloaca o que puede ser un templo, ser en el que el instinto vive confundido con la razón, está el animal encorvado hacia el suelo; debajo de la bestia está la planta inerte, ciega y muda; debajo de la planta está la piedra; debajo de la piedra está el caos sin nombre. Avancemos por esta obscuridad y sé mi compañero.

*
**

Toda falta que se comete es un calabozo que se abre. Los perversos, ignorando los misterios que los rodean; los iracundos, los traidores y los asesinos, con sus acciones, edifican su propia prisión. El bandido, cuando la muerte llega a tocarle en el hombro y le despierta, se encuentra en la cárcel que le construyó su crimen, arrastrándose por detrás de él; Tiberio se encuentra con la roca y Sejano con la serpiente. El hombre camina sin ver que se está abriendo su propio abismo. Palidecería el asesino si viese a su víctima, que es él mismo. El vil opresor, el tirano loco, castigando a todos sin piedad, forja el

clavo que más tarde le clavará en la sombra, en el fondo de la materia. Las tumbas son los agujeros de la criba del cementerio, por los que cae, como granos oscuros de un campo tenebroso, el inmenso torbellino de las almas. das, desde hace mil ochocientos años se dispersa y renace en los gargajos que escupen los hombres; y el viento, que en los primitivos tiempos sopló sobre Sodoma, confunde, en el abyecto hogar y bajo del vil caldero, el humo de Eróstrato con la llama de Nerón. Y todo, brutos, árboles, rocas, todo lo que vive en la tierra, todo es monstruoso, excepto el hombre, que es un espíritu solitario.

*
**

Todo malvado, al expirar, hace nacer el monstruo de su vida, que se apodera de él; el horror es perseguido por el horror. Nemrod gruñe encerrado en la montaña cortada a pico; cuando Dalila desciende a la tumba, de los pliegues de su sudario sale un áspid llevándose su alma; Phriné muere, y un sapo salta de su fosa; ese escorpión que se duerme entre dos peñas es Clytemnestra en brazos de su amante Egisto; de la tumba de Anitus sale una cigüeña; el acebo sombrío y la ortiga de pinchas agudas lloran cuando el aquilón los azota, y el aquilón les dice: —«¡Cállate, Zoilo; cállate, Ganelón!» Las pinzas que se enrojecen en un brasero repugnante las forman el duque de Alba y Felipe II; Farinaceo sirve de garfio en horribles carnicerías; la oxifraga lanza miradas en la obscuridad con los ojos de Jeffryes; Tristán se esconde entre las tablas de un patíbulo. Cuando caen en el reino de la muerte los bandidos Macbeth, Ezzelino, Ricardo III, Carrier y Ludovico Sforza, la materia les pone la camisa de fuerza. Cada uno cometió un delito; cada uno sufre diferente dolor. Claudio es el alga que el agua arrastra de puerto en puerto; Jerjes es excremento; Carlos IX cadáver; Herodes se convierte en el mimbre de las cunas; el alma negra de Ju-

*
**

El alma, cuyas culpas la arrojan del firmamento, desciende por los diversos lados del castigo, según más o menos lo merece. El hombre es la cárcel, la bestia es el presidio, el árbol es el calabozo, la piedra es el infierno. El cielo, desde sus alturas, el sol que surge espléndido y claro, la sigue con la vista al descender a la obscuridad, y lanzando sobre ella la luz, trata de atraerse aún al alma culpable. En la caída de la bestia, a través de los hierros de su prisión, obstruyendo del instinto los pobres respiraderos, conservando aún la voz, las alas y la vista, el alma aun entrevé de lejos el resplandor eterno; en el árbol ella se estremece, y careciendo de luz y de ojos, presiente todavía en los vientos como un rumor celeste; en la piedra se arrastra, inmóvil y silenciosa, sin ver siquiera la oscura silueta del mundo, que para ella se eclipsa y se desvanece, y permanece en la profunda noche frente a frente con su crimen. El alma arrastra su falta en esos tres calabozos, y según tiene la forma así tiene la memoria; sabe que existe, y cayendo sin tener en qué apoyarse, ve

disminuir la claridad en la pared del pozo; presencia su propia caída, y duro guijarro que rueda, piensa:—«Yo soy Octavio»; y vil cardo que huellan, dice al pie que lo aplasta:—«Soy Atila»; y gusano, royendo en un cementerio un infecto cráneo, exclama:—«Soy Cleopatra.» Y buho, a pesar de brillar la aurora, u oso que desafía al pastor, cumple la ley que la sujeta a las alturas; si es piedra, aplasta; si es espina, punza. El monstruo está encerrado en su horror vivo; quisiera desprenderse de él, pero no puede, porque es necesario que no se escape al castigo. ¡Oh misterio! El tigre, que quizás tuvo alas en las espaldas, halla infranqueable asilo entre los hierros de la jaula; invisible hilo ata a los cadalsos al negro cuervo, cuyas alas tienen forma de hoz. El alma loba no puede dejar de ser loba, porque el monstruo, castigado por el cielo, debe necesariamente sufrir la expiación. En otros tiempos, acaso sin comprenderla, la India entrevió esta metempsicosis. La zarza se trueca en garra, la hoja de rosa en lengua de gato, y en la obscuridad lame y bebe la sangre de los ratones. ¿Quién conoce el monstruo llamado mandrágora? Extraño ser, en el que las tinieblas esclarecen su fulgor y convierte su fealdad en resplandores. Lo que sucede en la obscuridad causa más horror que los antiguos avernos.

*
* *

La fiera va, viene, ruge, aulla y muere; el árbol permanece en el mismo punto, levantando su ramaje erizado; la losa se hunde en medio de una calzada que la carreta aplasta y el invierno destruye, y bajo la capa espesa

de la materia y de la noche, árbol, bestia y piedra encierran un alma que piensa. ¿En qué piensa? En Dios.

*
* *

¡Fatalidad! Mientras, sentados alrededor de la mesa, agrupados locamente, los perversos y los poderosos, apurando copas, olvidan que el mañana acecha al hoy, y rien a mandíbula batiente en sus locas alegrías; he aquí lo que les reserva sonriendo la muerte, que es una terrible burlona.

*
* *

Los hombres, que podemos contemplar el cielo, presenciamos el espectáculo inaudito de las regiones bajas; es necesario que el soñador descienda a esas profundidades y que oiga el grito que lanza la desgracia inmensa. Sobre una roca, sobre un lobo o sobre una flor, algunas veces se nos aparece el alma, pobre sombra afligida, que lucha casi sumergida; el lobo la retiene, la roca la aprieta y la flor implacable y fiera la muere. Oímos el ruido que produce el rayo que Dios arroja, oímos la voz de lo que el hombre llama silencio, y vuestros profundos suspiros, desesperadas piedras. Al través de la materia vemos al ángel con sus alas muertas. Asistimos al sufrimiento, a las blasfemias, a las aflicciones y a los furiosos, y por la noche vemos que los bosques, de los que intentan huir las larvas encerradas, se desmelenan en la obscuridad, produciendo siniestras humaredas. Por todas partes, en las olas, en los bosques, en

la hierba que brota, en el oro que sirve de cetro a los reyes, en el junco del que Hermes hizo una varilla mágica, en todas partes el castigo mira, observa y acecha, sordo al que le pregunta, triste y pensativo, y el conjunto de la naturaleza forma los ojos que lanza esa terrible mirada. El hombre, ya se cierna, ya se arrastre, está en el centro.

*
* *

El hombre es clemente o iracundo, fondo vil del pozo o alta plataforma de la torre; el ángel desciende hasta él y hasta él sube el bruto cuando muere; es la gloria del animal y la vergüenza del ángel; Dios confunde en vuestra raza, hombres desdichados, a los semidioses castigados y a los monstruos que perdona: por eso algunas veces, de boca al parecer humana, salen palabras parecidas a rugidos, y en otros sitios y en otros momentos creemos que el hombre abre alas de ángel.

*
* *

El hombre es un rey forzado, un espíritu que piensa y una materia que come. El hombre, como la bestia, se abreva de la nada. La cadena del infierno, remachada al pie del hombre, conduce todos los días hacia la impura alcantarilla a la belleza y al genio, introduce la peste en el soplo ideal de las imaginaciones y arrastra con Sócrates a Aspasia a las letrinas.

LOS CASTIGOS.—20

No obstante, por una parte, el hombre es ilimitado. El monstruo está encadenado, el hombre goza de libertad. Soñador, retén en la memoria lo que te voy a decir: el hombre es un equilibrio. El hombre es una cárcel en la que el alma está libre. El alma dentro del cuerpo obra, y obra bien u obra mal, se remonta hasta el espíritu o se rebaja hasta el bruto; y para que cuando levante su vuelo hasta el cielo nada embarace su conciencia alada, que Dios llena, cuando el hombre dirige el alma hacia el bien, corta en su recuerdo el hilo de su pasado; por esto la noche olvida a la aurora. El monstruo, al contrario del hombre, se conoce a sí mismo. El monstruo es el sufrimiento y el hombre es la acción. El hombre es el único punto de la creación en la que, para permanecer libre, perfeccionándose, el alma debe olvidar su vida anterior.

*
* *

El hombre no ve a Dios, pero puede llegar hasta él guiado por la claridad del bien, que continuamente tiene a la vista; el bruto, el árbol y la roca ven a Dios, y su castigo es estar encadenados y lejos de El. El amor son las alas del hombre, y la necesidad su yugo. Se extiende la sombra sobre lo que ve producida por El mismo. Hombre, todo lo ignoras; caminas palideciendo; algunas veces, el espeso velo que te cubre se vuela y flota al viento que viene de

otra esfera, se hincha en las regiones de la luz, después vuelve a caer sobre ti envolviéndote nuevamente. Los sabios, los pensadores han intentado ver. ¿Qué vieron? ¿Qué hicieron? ¿Qué han dicho? Nada.

Hombre, a tu alrededor la creación piensa y vives entre mil seres que no conoces. Sus obscuras miradas te ven ir y venir, dormir y estar en vela, y tú no te das cuenta de que te miran. Tienes esclavizada toda una legión de almas, legión que tiene compasión de ti, cuando tú la pisoteas, legión que te espía. Lo que tú llamas cosa, objeto, naturaleza muerta, sabe, piensa, escucha y oye. El cerrojo de tu puerta ve llegar tu falta y quisiera cerrarse. Los cristales de tu ventana ven aparecer el alba, y se dicen: — «¡Ver! ¡Crear! ¡Amar!» Las cortinas de tu cama tiemblan al verte soñar. Cuando pensativo forjas criminales designios, la ceniza te dice desde el fondo del hogar: — «Mírame, yo sólo quedo del mal.» El hombre imprudente es traidor, tortura y oprime; los brutos ven desde su cárcel los dos extremos del crimen, y un lobo podría dar consejos a Nerón. Mientras que ciego en tu palacio o en tu bañía vives, sin delectar siquiera la primera de las constelaciones en el alfabeto escrito en la página inmensa de la noche, mientras blasfemas y niegas los astros, los genios, el ideal y la virtud, al través de los frondosos bosques que adornan a la naturaleza, husmeando la eternidad con su disforme hocico, tendido a la sombra y a tus pies, tu perro ve a Dios.

*
* *
* * *

Pero ya te oigo. Tú dices:—«¡Qué me importa! Las bestias significan poco y el hombre nada. ¡Oh ley miserable! ¡sombra! ¡abismo!»

*
* *
* * *

Soñador, esa ley miserable es sublime. Es necesario que lo sepas. A la fatalidad de la ley del monstruo cautivo sucede el deber, que es la fatalidad del hombre. Así en todas partes se consuma la prueba en el monstruo pasivo y en el hombre inteligente, trocando la necesidad en deber, y el alma, ascendiendo hasta su pristina belleza, vuela desde la sombra fatal a la libertad de la luz. Te repito, pues, que para transfigurarse y para rescatarse el hombre, debe ignorar. Debe ser ciego para todos los polvos. Si no lo fuera, como niño con andadores, viviría el hombre caminando derechamente hacia la visión. El dudar constituye su poder y su castigo. Ve la prosa y niega; ve la aurora y duda: ¿qué mérito tendría encontrar el verdadero camino, si el hombre viera claro, si fuera árbitro de su voluntad y poseyera la certidumbre así como posee la libertad? No; es preciso, pues, que vacile, que titubee, que halle obstáculos en su carrera, que compare con el vicio que agita su espejo, con el crimen, con las voluptuosidades, las lágrimas que a los ojos arranca el deber; es preciso que dude; que sea creyente ayer, que sea mañana impío; que corra del mal al bien, que escrute, que son-

dee, que espíe, que vaya, que vuelva, ¡triste amplexo! y lo informe, engendrando por lo perverso, la materia, el bloque, el cieno, la espuma, el caos, el invierno, nacidos del odio, todos los seres malditos, confundidos con limos viles, que acumulan la planta silvestre y las bestias feroces, se arrastran prisioneros en la noche negra de aquella cueva profunda. Su puerta es pesadísima, y hay momentos en que se oyen en la sorda lobreguez los esfuerzos que hacen los montes, las olas, los volcanes, los huracanes, los bosques, los animales carnívoros y todos los monstruos para levantar el pestillo. Y sobre ese amasijo de sombra de crímenes y de dolores, Dios afianza la inmensidad formidable del cielo. He aquí por qué, soñador, que deseas la muerte, se ve impresa tanta angustia en la frente de los cenobitas. Voy a enseñarte el abismo. Tú lo habitas.

*
* *
* * *

El falso universo del hombre es prisionero de Dios. Las constelaciones, sombrías letras de fuego, son las marcas del presidio que lleva impresas el mundo en la espalda. En él reina de tal modo el espanto, que para el hombre, marcado también con el hierro candente, cuando eleva los ojos hacia los astros, en las alturas el signo de Cáncer resplandece, el signo de Escorpión llama, y en la inmensidad el Perro ladra siniestramente. Esos soles desconocidos se agrupan sobre la cabeza del hombre y le asustan y le amenazan; por todas partes se extiende la sombra inconmensurable; en las regiones bajas hormiguean lo obscuro, lo impuro, lo execrable, lo peor, lo repugnante, y en el fondo cambian entre ellos todo lo que hacen; Typhón da el horror, Satanás el crimen, en la lúgubre intimidad del mal y del abismo; allí se consumen, dándose besos tristes, los amores del alma monstruo y del monstruo universo; abismo es la cloaca del mal universal

*
* *
* * *

Los mundos, en la noche que vosotros llamáis azur, por las brechas que abre la muerte en sus muros, se arrojan al huir las almas unos a otros. En vuestro globo, donde hay tantas infamantes cárceles, tenéis encerrados a criminales de todos los universos, condenados que llegaron de las regiones más diversas, que piensan en vuestras rocas o se encorvan bajo vuestros árboles, tan estupefactos ante el mundo que contemplan, que si poseyesen el don de la palabra, les sería imposible hablar. A algunos de ellos se les ve temblar y estremecerse; de aquí nacen los delirios del bonzo y del augur. Así, pues, representate esta sombría figura; ese abismo es la cloaca del mal universal

A ella vienen a parar de todos los puntos del cielo todos los que caen castigados, ¡tenebrosa reata! En su profundidad áspera y silenciosa, de cada globo cae un río vertiginoso de almas, de espíritus nocivos, de espíritus venenosos, de ríos que la eternidad ve caer sin cesar. Cada estrella que brilla deja colgar su cabellera de sombra sobre ese horroroso pozo. ¡Alma inmortal, fíjate en él y tiembla, porque ése es el execrable precipicio donde tú zozobras!

••

Cualquiera que seáis los que paséis junto a ese precipicio, tened compasión de los eternos dolores que en él se sufren. En él se retuercen los crímenes, transformados en suplicios. ¡Quiquiera que seáis, llorad por esas desdichas! ¡Sólo para Dios, que todo lo sabe, son necesarias; pero vosotros los mortales podéis compadecerlas, sin perturbar por eso el terrible equilibrio de la justicia divina!

••

En ese abismo se sufre mucho más, porque se recuerda. La tortura del espíritu se adueña de la materia. Aquel mulo fué un sultán, esta cucaracha fué una mujer; hay árbol que fué un desterrado y roca que fué una proscripta. ¿Habrá alguno que se mofe de estas realidades que llenan la sombra? Las ruinas, la muerte, los huesos, los escombros, todo tiene vida. El remordimiento medita en las ruinas, los antros lanzan alaridos, el cisno es negro, la azucena

piensa en sus crímenes, la nieve es el lodo de las cimas; el mismo abismo horrible y salvaje se abre para la lechuza que para el colibrí; el alma es una mariposa que vuela y que se quema en la llama, y el espíritu de la llama hace arder esa alma; el horror hace que tiemblen las plumas del pájaro. En todas partes está el dolor.

*
* *

Las flores sufren bajo las tijeras, que se cierran como dos pupilas; todas las mujeres están teñidas con la sangre de las rosas; la joven en el baile, que danzando lleva en la mano un ramo de flores, respira sonriendo ese ramillete de agonías. Llorad por las fealdades y por las ignomias, por la inmundicia, por el gusano, por la babosa, por la langosta, por el sapo; compadeced al ave de rapiña y al animal carnívoro. Los actos crueles que el César Domiciano ejecutó con alegría, el tigre continúa realizándolos con horror. Verres, que fué un lobo disfrazado con la púrpura, continúa siendo lobo en los bosques, sigue vagando por ellos, y sus risas terminan en aullidos: ¡llorad por el que aulla y llorad por Verres!... Sobre esas tumbas vivas, condenadas por ignotas sentencias, inclinaos y orad por ellas, que la piedad hace salir rayos de las piedras. Compadeced al lobezno y compadeced al cachorro. El inmenso bloque de la materia no es más que un pesado cúmulo de efectos monstruosos, que dimanar de causas desconocidas. La cabaña sufre como la mazmorra; compadeced al preso, pero compadeced también al cerrojo; a los grilletos en los insalubres presidios; al hacha, que su-

fre tanto como el cuerpo; al tajo, que sufre tanto como la cabeza; misteriosamente se combaten en horrorosa lucha; el tajo mella al hacha y el hacha hace muescas en el tajo, y la una al otro se apostrofan en voz baja: — «¡Asesino! ¡Asesina!», y el hacha maldice a los hombres, cuando llevada por el verdugo va a yacer en la sombra y a brillar goteando sangre, y por la noche el cuerpo del cadáver, decapitado, cuando se queda solo, sabe lo que le dice el tajo, que también es otro tronco. ¡Qué fría está la tierra! ¡qué duras están las rocas! ¡Qué mudo espanto reina en los espesos matorrales! ¡Qué horroroso monólogo el del árbol de verdes ramas!

¡Qué estremecimientos en la hierba! ¡Qué ojos tan obstinados abren los gujarros, cárceles perpetuas de las almas! Quiquiera que seáis tened piedad de los tremendos castigos que se acumulan unos sobre otros, sumergiéndolo todo, excepto los recuerdos.

*
* *

Algunas veces se ve pasar por las negras profundidades un rayo lejano del eterno amor; entonces la hiena Atrea y el chacal Timour, la espina Caifás, la caña Pilatos, el volcán Alarico, el oso Enrique VIII, por el que en vano Moro ruega, el jabalí Selím y el cerdo Borgia lanzan gritos hacia el Ser Supremo, y las bestias que en otros tiempos se ciñeron mitras, los granos de arena que fueron reyes, las briznas de hierba que fueron emperadores, todas las soberbias y todos los furores se deshacen; llega a ser tierno el más feroz; el gato lame al pájaro, el pájaro besa a la mosca, el huitre dice al pajarel: — «¡Perdón!»

Acaríciense las espinas y los cardos; todos los rugidos se funden en plegarias; horrorízanse las piedras de sus delitos y todos los sombríos calabozos que se llaman flores se estremecen; las rocas lloran, el viento gime, la noche solloza, el agua se lamenta, y en toda la extensión que abarcan las miradas de los ojos que mueven las pupilas en las regiones supremas, todo el abismo de la naturaleza no es más que un inmenso sollozo.

*
* *

Tened paciencia y esperad, que el dolor no es infinito, el dolor no es incurable, el infierno no es eterno; las aflicciones van rectas hacia Dios, como las flechas al blanco; las buenas obras son los goznes invisibles de las puertas del cielo.

*
* *

Sufrir es una virtud, y el infierno puede convertirse en paraíso. Todo hombre es como un pájaro, del que el mal se apodera y que después lo suelta. Las virtudes entre los hombres se ocupan de la angusta tarea de irlos aproximando hacia el cielo: el justo trabaja para conquistar el paraíso.

*
* *

La hora está próxima: esperad. Encendad el alma apagada. Amaos, que el amor es el calor santo; el sombrío universo pesado, frío, helado, reclama la